

EL MARTIRIO DE EL SALVADOR

CENTROAMERICA está sufriendo en estos años un martirio. Ahí estuvo Nicaragua, y hoy están Guatemala y El Salvador. Y Estados Unidos es el principal protector y fomentador de esta presión, ante el miedo que le produce la liberación de la zona del Caribe y de sus proximidades. Primero fue Cuba, después la pequeña Granada y ahora Nicaragua. Pero cada vez intenta frenar más las posibilidades liberadoras de los demás países, y principalmente de los dos citados antes.

Todo el mundo sabe hasta dónde llegaron las cosas en El Salvador, pero su culmen rebasó toda medida con el increíble asesinato del arzobispo católico más importante del país, monseñor Oscar A. Romero. Un verdadero mártir de las virtudes sociales del cristianismo católico, pues por ellas expuso su vida y la perdió.

En estos días han estado en Madrid dos miembros jóvenes de la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador, junto con la joven Paulita, una norteamericana de madre salvadoreña, detenida durante una semana por haber aceptado en su casa como refugio al ex ministro de Educación, Salvador Samayoa, que hasta el 2 de enero último participó en el Gobierno en nombre del Partido Demócrata-Cristiano, y desde entonces dejó en conciencia el cargo, por no poder seguir colaborando con la Junta Militar que dirige el país bajo el título engañoso de la democracia.

Todo empezó en 1932. Fue entonces cuando pareció comenzar el intento de una participación democrática del pueblo en la marcha de la nación. Sin embargo, todo terminó ahogado en sangre: porque en dos meses se produjeron 30.000 muertos. Y, a partir de ahí, cada cinco años hubo elecciones en las que ganaba el pueblo, pero nunca accedía al poder o porque se consideraba que no estaba todavía preparado para asumir esa responsabilidad, o porque se usaba el maquiavélico procedimiento de permitir una pequeña participación popular en el Gobierno sin posibilidad de decisión libre.

El pueblo salvadoreño es un pueblo pacífico que prefiere las soluciones de no-violencia a las de dureza, y por eso

aceptó estos ensayos que no sirvieron para nada. Ahora, desde 1979, las cosas han cambiado. Las masas han adquirido una mayor conciencia y una mejor organización, y toda la oposición se ha agrupado en un Frente Democrático para unir así sus fuerzas y poder influir más en el futuro político de El Salvador. No obstante, la oligarquía, el Ejército y los Estados Unidos se encuentran en estrecho maridaje para impedir cualquier avance democrático popular.

Ante eso algunos se preguntarán: ¿qué representa la figura de monseñor Romero en este proceso? Todos los españoles pueden averiguarlo de primera mano a través de la lectura del libro que acaba de publicar la Editora Popular y el Instituto de Estudios Políticos para América Latina y África (IEPALA), en el cual se recogen las homilias de monseñor Romero bajo el expresivo título de "¡Cese la represión!".

La presentación del libro la hicieron IEPALA, Editora Popular (por boca de Antonio Albarrán), los tres salvadoreños citados y el conocido obispo auxiliar de Madrid, monseñor Iniesta.

Todos ellos aportaron datos sobre la triste situación de El Salvador, y sobre el testimonio dado por el arzobispo Romero. Un obispo que no tuvo el apoyo moral de la jerarquía eclesiástica de su país, pero sí alcanzó la comprensión de otros prelados latinoamericanos, como el cardenal Pironio, de la Curia Romana, y el cardenal Lordscheider, del Brasil.

Su homilias fueron un modelo de sencillez, compromiso concreto y sentido bíblico. Lo que debían ser en todo el mundo, y, desgraciadamente, no lo son porque o se detienen en pequeñas anécdotas sin importancia, o se olvida la raíz religiosa evangélica de nuestra postura como cristianos, o carecen de sentido práctico, yéndose por las nubes de frases abstractas y sin incidencia en la vida corriente de todos los días, o porque suelen olvidar una verdadera inquietud social de inspiración bíblica, aunque en nuestro Libro Sagrado tenemos importantes sugerencias para intentar una nueva sociedad más libre y más justa.

Monseñor Romero fue un converti-

do del pueblo y por el pueblo. Accedió a una nueva dimensión personal y social del Evangelio a través de un hecho: los cuatro asesinatos, el 12 de marzo de 1977, de tres seglares y el padre Rutilio Grande. Ante esa situación el arzobispo Romero excomulgó a los responsables, pidió al Presidente Molina una investigación a fondo de los hechos y rehusó participar en cualquier ceremonia oficial mientras no se castigase a los culpables, que —por supuesto— nunca fueron encontrados. A partir de entonces puso en marcha un Comité Permanente de los Derechos Humanos, y durante tres días se cerraron las escuelas y colegios católicos, impidiendo que se celebrasen Misas en las parroquias el día 20 de ese mes, reduciendo las ceremonias religiosas a una sola Misa solemne celebrada por él personalmente en la catedral de San Salvador con asistencia de 100.000 personas.

Este es el caso curioso del arzobispo "convertido" por el pueblo, que luego hizo honor a esta conversión hasta dar la vida por él. Sus palabras dominicales en la catedral empezaban siempre por la Biblia; pero sabía concretarlas en los hechos populares de la semana, aquellos acontecimientos que por su importancia social tenían una secuela decisiva para el futuro del país. Así, por ejemplo, un día de este mismo año de 1980 reconoce que la Junta de Gobierno adopta algunas medidas agrarias contra la oligarquía del país, pero al mismo tiempo advierte del inmenso peligro de "una militarización sistemática de toda la República".

El Evangelio —y ese es el mejor ejemplo— siempre debía unir —como hizo monseñor Romero— el impulso de la intimidad personal y el de la responsabilidad social: así resultaría pacíficamente explosivo en el mundo de hoy el mensaje del cristianismo, y no quedaría aguado como resulta frecuentemente. La Biblia es un libro profético: ahí están Isaías y Amós propugnando un cambio de sociedad. Y el Evangelio es el heredero directo de esta corriente transformadora del individuo y de la sociedad a través del profeta Jesucristo y de los profetas que siglos más tarde le imitan de verdad como monseñor Romero. ■